

JULIÁN CASANOVA

FRANCO

CRÍTICA  
BARCELONA

# ÍNDICE

Prólogo: Francisco Franco, llamado el Caudillo . . . . .	9
<i>Réquiem</i> . . . . .	9
<i>Ascenso</i> . . . . .	15
<i>Afianzamiento</i> . . . . .	18
<i>Apogeo</i> . . . . .	21
<i>Agonía</i> . . . . .	24
<i>La huella</i> . . . . .	25

## Primera parte

### «SIN ÁFRICA, YO NO PUEDO EXPLICARME A MÍ MISMO»

1. El ocaso de España . . . . .	33
2. «Soy militar» . . . . .	39
3. La huella indeleble de África . . . . .	47
4. Aquellos años felices en Zaragoza . . . . .	61
5. El hombre prudente . . . . .	69
6. «¡Es la señal!» . . . . .	77

## Segunda parte

### «PONÉIS EN MIS MANOS A ESPAÑA»

7. El movimiento arrollador . . . . .	89
---------------------------------------	----

8. Carta a Hitler . . . . .	97
9. Generalísimo y enviado de Dios . . . . .	107
10. Madrid . . . . .	115
11. Líder del partido único . . . . .	123
12. El cumplimiento del deber . . . . .	133
13. «Los delincuentes y sus víctimas no pueden vivir juntos» . . . . .	143

### Tercera parte

#### «CASTIGO QUE DIOS IMPONE A UNA VIDA TORCIDA, A UNA HISTORIA NO LIMPIA»

14. Caudillo de la victoria . . . . .	159
15. Lazos de sangre . . . . .	177
16. En la mesa de Hitler y Mussolini . . . . .	193
17. «Sangre de nuestra juventud unida a nuestros camaradas del Eje» . . . . .	207
18. «¡Menudo revolucionario hemos colocado en el trono!» . . . . .	219
19. La caída de los dioses . . . . .	227

### Cuarta parte

#### «YO NO HARÉ LA TONTERÍA QUE HIZO PRIMO DE RIVERA. YO NO DIMITO; DE AQUÍ AL CEMENTERIO»

20. El centinela . . . . .	235
21. Monarca sin corona . . . . .	245
22. Enemigos de España . . . . .	255
23. «Al fin he ganado la guerra» . . . . .	267
24. Patrimonio nacional . . . . .	279
25. Trabajar en la dirección del Caudillo . . . . .	295

## Quinta parte

«LAS ENFERMEDADES DE LAS NACIONES DURAN SIGLOS  
Y LAS CONVALECENCIAS DECENIOS»

26. Caudillo de la paz . . . . .	317
27. El milagro español . . . . .	327
28. «Todo ha quedado atado, y bien atado» . . . . .	341
29. Quiebra de la paz . . . . .	353
30. «El último lazo que me unía al mundo» . . . . .	367
Nota final . . . . .	381
Agradecimientos . . . . .	385
Franco, ese hombre: comentario bibliográfico . . . . .	387
Cronología . . . . .	413
Índice onomástico y analítico . . . . .	439
Índice de conceptos . . . . .	467

## Prólogo

# FRANCISCO FRANCO, LLAMADO EL CAUDILLO

### RÉQUIEM

A las 14.15 horas del domingo 23 de noviembre de 1975 una losa de granito de 1.500 kilos cubrió la fosa preparada para dar sepultura al Caudillo en la basílica de la Santa Cruz del Valle de los Caídos, junto a la tumba de José Antonio Primo de Rivera.

El NO-DO y TVE inmortalizaron esos tres días con imágenes y sonidos de la época. Cuando se conoció la noticia del fallecimiento, las banderas ondearon a media asta en todos los edificios públicos. Hubo luto oficial durante treinta días. Se suspendieron todas las clases y actividades académicas en los centros docentes, los espectáculos y actos públicos, las bolsas y las operaciones bancarias con moneda extranjera. Los diarios lanzaron varias ediciones. En las tiendas de confección de Madrid se agotaron las existencias de corbatas negras. A media mañana del 20 de noviembre, el féretro que contenía el cuerpo de Franco fue trasladado desde la Residencia Sanitaria de La Paz hasta el palacio de El Pardo. El cadáver, vestido con su uniforme de capitán general, fue velado de manera privada por su viuda, su hija y sus nietos, miembros del Consejo de Regencia, el presidente del Gobierno y los príncipes de España. Destacaba su cabeza embalsamada, el rostro sereno de un anciano, con las manos cubiertas con guantes blancos.

En la madrugada del día siguiente, fue conducido al salón de columnas del Palacio Real donde se instaló la capilla ardiente abierta al público. Desde las siete de la mañana «una muchedumbre incalculable» hizo cola «en respetuoso silencio» para verlo unos segundos. Decenas de miles de personas, «de todas las edades, clase y condición rindieron su último homenaje de admiración y cariño al jefe del Estado». Muchos, más mujeres que hombres, lloraban, como si su muerte fuera una catástrofe. Otros, lejos de allí, la vivieron como una liberación y lo celebraron. El desfile ante el cadáver se prolongó hasta las primeras horas de la mañana siguiente. Para quienes no estaban en Madrid, la televisión les brindó la oportunidad de observar todo el largo ritual de despedida.

El 22 de noviembre, a las 12.35 horas, los acordes del himno nacional anunciaron la entrada del príncipe Juan Carlos de Borbón y Borbón, vestido con el uniforme de capitán general, en el hemiciclo de las Cortes. Después de ocupar el sitio de honor dispuesto para la ocasión, donde estaban también la princesa Sofía y sus tres hijos, Alejandro Rodríguez Valcárcel, presidente de las Cortes y de los consejos del Reino y de Regencia, procedió a tomar juramento al nuevo rey según lo dispuesto en la Ley de Sucesión de la Jefatura del Estado: «Juro por Dios y sobre los Evangelios cumplir y hacer cumplir las Leyes Fundamentales del Reino y guardar lealtad a los principios que informan el Movimiento Nacional». A continuación, Juan Carlos I pronunció su primer mensaje dirigido a la nación, un discurso de apenas doce minutos, muy aplaudido cuando recordó con gratitud y respeto la figura de Francisco Franco y cuando mencionó la lucha «por restaurar la integridad de nuestro solar patrio». Al terminar su discurso, todos los procuradores y consejeros nacionales se volvieron hacia la tribuna de invitados para ovacionar durante veinte segundos a Carmen Franco Polo, «un último homenaje al Generalísimo Franco».

Al día siguiente, en la misa de cuerpo presente en la plaza de Oriente presidida por los reyes, el arzobispo de Toledo y cardenal primado, Marcelo González Martín, recordó la comunión de la

espada que Franco entregó un día al cardenal Gomá y la cruz que iba a coronar su tumba, dos símbolos que habían protagonizado «medio siglo de la historia de nuestra patria», y subrayó el deber de conservar la «civilización cristiana, a la que quiso servir Francisco Franco, sin la cual la libertad es una quimera» y el hombre muere «ahogado por un materialismo que envilece». Entre los mandatarios extranjeros, destacaba la capa gris del general Augusto Pinochet, junto a su esposa, Lucía Hiriart; el rey Huséin de Jordania; Rainiero de Mónaco y la primera dama filipina, Imelda Marcos.

Ausentes las autoridades de las democracias europeas, el gran amigo americano estuvo representado por el vicepresidente Nelson Rockefeller: «España contará con la firme amistad y el apoyo de Estados Unidos al entrar en esa nueva era de su larga historia». El dictador chileno alabó al «Caudillo que nos ha mostrado el camino a seguir en la lucha contra el comunismo», contra «el marxismo que siembra el odio y pretende cambiar los valores espirituales por un mundo materialista y ateo». Desde el golpe de Estado que derrocó a Salvador Allende el 11 de septiembre de 1973, Pinochet y Franco habían intercambiado correspondencia en la que mostraron admiración mutua. No se vieron nunca, aunque el 18 de septiembre de 1975 el teniente general Emilio Villaescusa, jefe del Estado Mayor del ejército español, impuso a Pinochet en Santiago de Chile la Gran Cruz al Mérito Militar otorgada por Franco.

El recuerdo permanente de la guerra civil presidió el funeral del Generalísimo. El cortejo fúnebre que salió del palacio de Oriente con el ataúd de Franco colocado en un vehículo militar Pegaso 3050, escoltado por la Guardia Real y una guardia de honor de los tres ejércitos, llegó hasta el Arco de la Victoria de la Ciudad Universitaria y desde allí, flanqueado por un escuadrón motorizado de la Guardia Civil, emprendió el camino hacia la basílica de la Santa Cruz del Valle de los Caídos. La multitud congregada en la explanada exterior saludó el féretro con gritos de «¡Franco! ¡Franco! ¡Franco!» y coreó el *Cara al sol*, el *Oriamendi* y el himno de la Le-